

2 NOTA EDITORIAL

JUNIO 08

QUAL QÜELLE

NOTA DEL EDITOR

En este primer número de Qual Quelle, retomamos dos trabajos en cuyo proceso de publicación este editor estuvo comprometido con anterioridad: *Firmar Marchant* (2016) de René Baeza, y *La máquina abierta y otros relatos* (2017), de François Léon.

Del primero, se publica aquí la tercera parte, con agregados y relances que eran tarea pendiente para el propio autor ya a la hora de tener que delimitar la primera versión. Con respecto al segundo, intentamos abrir su lectura con dos textos críticos y un inédito.

Intentamos así aportar alternativas de recepción para estos trabajos, haciendo parte de una inquietud más amplia acerca de las estrategias de “puesta en circulación” del libro en medio de las sobrepujas tecno-tele-mediáticas que *hoy en día* las atraviesan. En efecto, nos encontramos en un *momento* en que dicha circulación no parece poder escindirse de los soportes fungibles al uso (medios o formatos de prensa incluidos), con sus criterios de transmisión y edición, sus lógicas publicitarias y su anti-teoreticismo (arraigadísimo tanto al nivel de la *exposición* como al del *diseño*), de modo tal que la legibilidad de lo que circula queda zanjada de antemano en lo que podría ser una suerte de obsolescencia de bolsillo. En esas condiciones todo lo que *en el libro* no se puede tomar a la primera de a bordo queda inapelablemente atascado, retenido en una espantosa puesta al día de la fantasía de Bradbury: aquella donde el trabajo de publicación no conduce a la

circulación de las obras sino a su desaparición: una especie de φαίνέκλειψις del Libro, que es todavía más compleja porque supone, de hecho, que antes que ocultar algo, es exhibiéndolo que logra ser invisibilizado. Se trata de una eficacia de la caducidad (o al menos de una variante de ella), que para efectos de la lectura es el equivalente a quedarse días enteros a la vera del camino contemplando el paso de los automóviles, exclamando estupefactos que *alguno va pasando* cada vez que de hecho *está pasando*, y pretendiendo con ello que decimos muchísimas cosas –las más atinadas y sabiondas– sobre lo que de ese modo *impacta* nuestro ojo avizor. En sus especificidades reconocibles a través de la transformación de los soportes de inscripción del texto en los últimos veinte, treinta años, un peculiar estrechamiento al nivel de la recepción –ante el cual la lectura se vuelve un gesto nunca antes tan inservible¹– se presentaría como el rasgo más determinante a la vez que como el menos cuestionado del trabajo editorial, en varias facetas de lo que pudiese reconocerse como parte de él.

Parece bastante evidente que dicho trabajo se está desarrollando hoy en día al menos de tres maneras (en muchos casos no excluyentes): o del modo en que funciona una empresa de un rubro específico en el mercado; o como un aparato de negociación profesional; o como un proyecto intelectual. No obstante, las delimitaciones no son tan sencillas. Las editoriales con vocación de empresa bien pueden funcionar aunque fuese con un miserable resquicio de aquello que hace que las que se mantienen como proyecto intelectual sean eventualmente lo que son, pudiendo reproducir también los modos o las tácticas de las que poseen vocación de aparato. Es probable que, en varios casos, tanto las que asumen pautas rigurosamente mercantiles como las que tienden a la instrumentalización profesional, hayan surgido buscando alcanzar una cierta repercusión intelectual, o incluso, dicho de manera todavía más fuerte, que casi cualquier editorial haya sido un proyecto intelectual en su génesis, en cuyo caso, o bien se convirtieron en un mero negocio, o bien en meros aparatos académicos de negociación. De manera que la tercera alternativa tendría que matizarse. En primer lugar, un proyecto intelectual no sería una proclamación de pureza y lo que sea que haga no se producirá en un espacio idealmente distinto al que ocupan la mercantilización y las instituciones que administran o

¹ Remito a este respecto a Bernard Stiegler, *La Société automatique : I. L'avenir du travail*, Paris: Fayard, 2015; y *Dans la disruption*, Paris: Les Liens qui Libèrent, 2016.

pretenden administrar la producción de conocimiento. Esto se muestra de manera ostensible en el hecho de que una toma de distancia de las pautas mercantiles no necesariamente conduce a evitar dejarse fagocitar por el aparato académico, tal como el hecho de desear que la sal deje de ser salada para volverse dulce no la vuelve dulce en efecto. En tal sentido, tendríamos que preguntarnos hasta qué punto una editorial logra, a pesar de todo, mantenerse como proyecto intelectual, entendiendo por supuesto que, sea del modo que fuere, una relación de aparato resulta muchísimo más prescindible –de entrada– que ciertas dinámicas de inversión de capital asociadas a la producción del libro (una estructura mínima de financiación es requerida aún al nivel más artesanal). De hecho, este factor bien podría conducir a la primera posición (la búsqueda de un aumento de la rentabilidad por sobre cualquier proyección intelectual), pero no necesariamente a la segunda (la conversión del proyecto intelectual en aparato de profesionalización). Hay varias posibilidades que podrían explicar por qué se llega a esta posición, por ejemplo, entre las más obvias, para compensar una “rentabilidad” que no se podría obtener por otros medios, o para “mantenerse a flote” a falta de mayor proyección, o pensando en que de ese modo se puede entrar por la ventana y alcanzar a dar una mascada al Cuerpo del poder que se reparte en uno de los varios espacios académicos *a cuatro paredes* que el hacedor de libros mira melancólicamente, o simplemente porque no sería posible separar los flujos de inversión del libro de una mercantilización que es también académica y otras cuestiones semejantes que hacen girar en círculo las diferencias de nivel: mercantilización/ aparato académico/ apuesta teórica. Ahora bien, ¿qué es o qué podría ser un “proyecto intelectual”? Es difícil dar una respuesta precisa. Al menos –dicho de un modo bastante aproximativo– sería quizá aquello que no podría tranquilamente funcionar ni con la lógica empresarial de la compañía *Señor Té Verde*, ni con las lógicas de profesionalización de algo así como el *aparato académico* (lógicas que, de nuevo, podrían estar demasiado cerca de las de cualquier “multinacional” y por más encubierta que estuviese dicha proximidad). Tal parece que ninguna alternativa absuelve de las demás. Sin embargo, al menos en lo que concierne a la producción teórica, es decir a una producción libresca que en estricto rigor se publica más de lo que se vende, el riesgo para las editoriales de volverse meros aparatos de negociación es muy alto, probablemente su lastre más terco. Como un galán de telenovelas que ante un espejo se resiste a aceptar la huella del tiempo, por desgracia

muchos de estos proyectos acaban impostando el tono de una toma de posición orientada a la “intervención” (otro rasgo que podría ayudar a definir lo que se pondría en juego con una apuesta *desde la teoría*), no obstante se encuentran muy lejos de eso en la práctica.

Por nuestra parte, creemos que allí se encuentra un aspecto importante de lo que entendemos por trabajo editorial: no meramente el proceso de publicación y las dinámicas que le son solidarias sino –lo cual representa un aspecto mucho menos explorado–, un trabajo de investigación aplicada sobre la producción y las prácticas de conocimiento. El editorial vendría a ser en este sentido como el trabajo en terreno del etólogo y la recepción de las obras todo un despliegue de la *vida* y de la *cultura* en entornos en transformación.

Dicho esto, además de lo ya mencionado en torno a los libros de Baeza y León, en el presente número de Qual Quelle incluimos una traducción al castellano de un texto de Jacques Derrida publicado en *Rue Descartes* en 2014, titulado “Más allá del principio de poder”, que corresponde a una conferencia pronunciada durante un encuentro en torno a Michel Foucault en la Universidad de New York, en abril de 1986. No dejando de marcar la singularidad de este escrito, hemos querido hacer resonar, de paso, algunos textos en preparación, pues en los meses de agosto y diciembre de este año publicaremos en las ediciones Qual Quelle dos libros de J. Derrida, que pertenecen a un registro –podríamos decir– un poco menos convencional al que en general parece imponerse en los últimos años, donde entre la vulgata ético-política y el afán por las conmemoraciones, queda todo dispuesto para que el libro se cierre –y esto pareciera ser muy importante hoy en día– con cualquier hipótesis tranquilizadora (o *infra*-tranquilizadora) acerca de dónde comienza y dónde termina eso que se llama *deconstrucción*².

² Los libros de Derrida mencionados corresponden, el primero (programado para el mes de agosto), a una serie de entrevistas que en 1991 JD concede a Gérard Farasse en torno a Francis Ponge, con el título *Desplegar a Ponge*. El segundo (diciembre), es una traducción de *Scribble*, el prefacio que escribe JD en 1978 a la reedición francesa de *The Divine Legation of Moses*, de W. Warburton, que lleva por título: *Los garabatos del escriba*. A esto sería preciso sumar la publicación del libro de René Baeza, *Introducciones del uso: Derrida y la epokhé heideggeriana* (proyectado para el mes de noviembre).

En un pretexto de resonancia similar, hace parte de este número un breve texto de Dominique Lestel sobre comunicaciones animales. Este problema es ampliamente desarrollado en uno de los capítulos del libro de Lestel que aparecerá por ediciones Qual Quelle el próximo mes de julio: *Hacer las paces con el animal*.

Por último, un avance de un estudio en torno al concepto de literalidad en Vicente Huidobro completa este primer número de Qual Quelle.

Esperamos con esto iniciar un trabajo de amplia proyección en contextos de discusión múltiples, quedando el espacio abierto para cualquier colaboración e iniciativa que respecto a cuestiones como las que aquí ya se anuncian quizá le pudiese concernir.

Zeto Bórquez
Editor general revista Qual Quelle